

REGINA ROMAN

Dos lunas para Sofía

© Regina Roman, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Jose As Reyes y Ragginzzz – Shutterstock
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: enero de 2017
ISBN: 978-84-08-16325-1
Depósito legal: B. 24.954-2016
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Gráficas Estella, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*A ti que miraste el mar conmigo aquella noche.
Porque no supe leer en tus ojos todo cuanto querías darme*



Sofía

El desprecio se palpa. Es algo sólido, tangible y, por si lo quieres saber, áspero. No se limita a una sensación ni a un tono de voz. Es una pared de hormigón armado contra la que te das de bruces y te chafas la nariz. Y si quien te lo demuestra es tu novio de los últimos tres años, el mismo que te ha propuesto matrimonio, ese que hace nada aseguraba de rodillas que te adoraba... la cosa sólo puede tildarse de decepcionante.

Regresamos de la Feria de Abril de Sevilla. La nueva supermejoramiga de Sergio, mi novio, se las ha apañado con bastante simpatía para robarme mi legítimo puesto de copiloto, y como él no se opone y yo no defiendo mis derechos, no sea que de verdad se maree y vomite, me veo recluida en el asiento trasero, espectadora muda de su animada charla.

Belén es una chica por la que resulta harto difícil sentir aversión: es graciosa, buena gente, chispeante y poco atractiva. Las mujeres estúpidas tendemos a sentirnos seguras frente a una rival si la consideramos en inferioridad de condiciones, cuando deberíamos recordarnos de vez en cuando que «las mosquitas muertas son las peores». Sergio le ríe las gracias y yo, si no me adormilo con el traqueteo del coche, lo imito. Hasta que a ella le da por cantar flamenco y a mí por acompañarla. Apoyada en el respaldo de los asientos delanteros, asomo la cabeza por el hueco que queda en medio y tarareo la copla, henchida de emoción. Sergio arruga el entrecejo, aleja la cabeza y, a continuación, me gruñe de muy malas maneras que me calle. Por lo visto, le molesta mi voz cerca del oído. Belén continúa como si la cosa no fuera con ella. Pero qué digo, es que no va con ella. Soy yo la fastidiosa, yo la que desafina o la que incordia, no ella. Ella es su más-mejor amiga, de la que últimamente apenas se separa. Me hundo en el asiento, dolida y enfurruñada. El alarido que Sergio acaba de dedicarme es el mecanismo que acciona mi memoria y los dos días de mierda que llevamos fuera de casa vuelven a mi malherida conciencia.

Nos hospedamos, por supuesto gracias a Belén, desde luego, en casa

de un amigo muy pijo al que nunca antes le habíamos visto la cara. Nos adjudicaron una habitación monísima con dos camas, que propuse unir para estar más cerquita y ronronear por la noche, pero Sergio fulminó mi sugerencia con la mirada.

—¿Estás loca? ¿Moverles los muebles?

—Bueno, no te digo que pongamos la casa patas arriba, sólo que retiremos la mesita de noche que separa las camas y...

—Somos invitados, espero que podamos comportarnos un par de días.

¿A qué venía tanto irritarse?

—En fin, da igual, supongo que puedo soportar un par de noches sin enredar mis pies con los tuyos, pero me parecía tan romántico...

—Hemos venido a la feria, Sofía; aparca esos romanticismos tuyos por un rato.

¿Esos romanticismos míos?

—Disculpa la pregunta; ¿qué más incluye el lote «no, no, ni lo sueñes, Sofía»? Me refiero a si no piensas ponerme un dedo encima en todo el maldito fin de semana.

Sergio continuó con sus bártulos y no me dedicó ni un pestaño.

—La verdad, tanto miramiento me suena a mojigatería exagerada hasta para ti, señor clásico. El dueño de la casa tiene menos de noventa años y somos novios formales con casi tres años de oficialidad; nadie pondrá el grito en el cielo si dormimos juntos. Por el amor de Dios, estamos en el siglo veintiuno.

—Simple respeto por la casa ajena. —Me besó el pelo, distraído.

Me dije que para hacer el sándwich sexual que tenía previsto para aquella noche no necesitaba más de noventa centímetros de ancho, así que me conformé. Deshicimos lo imprescindible las maletas, yo me puse los mismos vaqueros y una camiseta limpia, y salimos a la calle. Belén se había cambiado el cómodo atuendo de viaje por un vestido de vuelo años cincuenta en raso brocado que la hacía parecer una muñequita. Llevaba el pelo recogido en una coleta con una delicada flor de tela y unos rabillos pintados en el ojo, que nunca antes le había visto. Todos, hasta el cursi de mi Sergio, iban tan elegantes que yo a su lado parecía Dora la exploradora de maniobras militares.

Era tarde para subir a cambiarme y retrasar la juerga del grupo. Además, para qué mentir, en mi maleta no había caído, ni por casualidad, un trapo parecido que me colocase a la altura. Para aquella gente

el grito de guerra parecía ser «antes muertos que sencillos» y, aunque me sentí fatal, me convencí de que con unos vinos se me pasaría el be-rinche. Porque en las ferias se bebe, y mucho, ¿verdad que sí?

Me pasé de optimista. Vino, haber, había, pero nadie parecía demasiado interesado en divertirse conmigo, ni siquiera mi novio. Más tarde me enteraría de que en Sevilla no está bien visto acosar a una chica comprometida y que ésa era la razón de que nadie se dignase dirigirme la palabra, no el hecho de que fuese disfrazada de Frankenstein. Todos los ardores se concentraron en Belén, soltera, que no entera. Los de Sergio también, y yo me fui quedando desplazada en un rincón al que nadie quería acercarse, callada y caldeada por la rabia y el efecto del vino. Joder, allí todo el mundo estaba disfrutando como si el planeta fuera a estallar al día siguiente y yo apenas participaba del jolgorio. No había derecho. Agarré con fuerza el brazo de mi novio y tironeé de él como una niña caprichosa.

—Vamos a bailar, anda, vamos a bailar.

Me costó que me hiciera caso. Belén desgranaba un chiste y Sergio calentaba motores para cederle la mejor de sus carcajadas.

—A ti nunca se te ha dado bien el flamenco —gruñó.

Solté una risita imbeciloide.

—Soy capaz de sacar adelante unos pasitos de sevillanas.

—No me apetece —dijo atrincherándose agobiado.

—Venga, sí, vamos a menear estos esqueletos oxidados —me secundó Belén, escogiendo pareja de baile entre sus amigos.

Se plantó en el tablado, los brazos por encima de la cabeza, contoneo de caderas a ritmo de guitarra española. Parecía un granito de pimienta pegando botes entre el mar de cabezas, divertida y tan segura del terreno que pisaba que por un segundo sentí el pinchazo agudo de los celos en el pecho. Sergio aceptó seguirme, con una entrega muy poco entusiasta. Todos íbamos un pelín achispados, qué menos, así que el rancio de mi novio se fue animando solo. Al rematar uno de los giros, cuando nuestros cuerpos empezaban a acoplarse, el hielo a fundirse y yo me las prometía muy felices, Belén lo apresó por el antebrazo y adosó su nariz de pegote al pecho de mi chico.

—Cambio de parejas.

No fue una propuesta, fue una orden. Medio en volandas, me vi trasladada de sitio y, antes de poder reaccionar u oponerme, el tío que

tenía enfrente no era Sergio, sino un desconocido del grupo con el que hasta el momento no había cruzado una palabra.

—¿Vamos a por la tercera? —me instó con gracejo.

Me encogí de hombros y le seguí el juego.

Puede que de haber estado más sobria no me hubiese dejado arrastrar hacia el rincón menos iluminado de la caseta por un sevillano calentorro con ganas de festival, que obviando el hecho de que mi prometido se encontraba a apenas diez pasos de distancia, empezó a flirtear conmigo con imperdonable maestría.

—¿Te han dicho ya lo guapa que eres?

Madre mía, como frase no era precisamente original. Y si hablamos de estrategia de acercamiento, con lo pegado que lo tenía ya... El chico era guapete, pero el Montilla fresquito lo había vuelto atrevido y aprovechando el caracoleo de brazos que exige el baile, me estaba metiendo mano sin freno.

—*Y a la sombra de los pinos...*¹

Tracató. Me rozó una teta. Y mira que se lo puse difícil.

—*Cántame, me dijiste cántame...*²

Vuelta, meneillo, otra curva en derrape y sobeo en el mismísimo culo. A ver si os vais a pensar que me importó. Flotaba en una espesa nube de alcohol y no veía a mi alrededor más que floripondios y volantes. Mis pies no se afianzaron en el suelo de madera hasta que un malhumorado Sergio me asió del brazo y me apartó del aspirante a ligue.

—Ya basta. Te estás poniendo en evidencia.

—¿En evidencia? ¿Yo? —me cachondeé, señalándome el centro del esternón—. Se equivoca, señorito, me limito a bailar.

—Menuda sesión de arrastre te acabas de pegar.

—Hum... Eso no lo entiendo. Estoy dándolo todo, es una feria —añadí, elevando ligeramente el tono.

El ceño de Sergio se cerró sobre sí mismo. Belén nos espiaba con gesto taciturno.

—¿No es verdad, Belén? —pregunté yo—. ¿No es una fiesta de las mejores? ¡Hemos venido a divertirnos!

—Bebe agua —me ordenó Sergio, metiéndome un botellín de plástico por debajo de las narices.

—No quiero. —Retiré la cara hacia otro lado y, al hacerlo, la caseta completa viró conmigo.

1. *Cántame*, Marfer, 2010, interpretada por María del Monte. (*N. de la E.*)

2. Véase la nota 1.

—Estás como una cuba —me reprochó él—; bebe agua te digo.

—Que no me da la gana. Quizá si te ocupases un poco de mí, si hubieses bailado conmigo...

Sergio torció la boca en una mueca que lo desfiguró. La verdad, yo misma me escuchaba y me sonaba patética. Suplicar atención de aquel modo tristísimo... Opté por conservar una pizca de dignidad marchándome directa a la barra. La música de sevillanas seguía calentando el ambiente y los platos de queso manchego y jamón serrano corrían como el bólido de Fernando Alonso.

Pero seguí por mal camino, empinando el codo por el aburrimiento, y las cosas a mi alrededor se volvieron bultos borrosos. Dejó de importarme que nadie se dirigiera a mí ni para mandarme a la mierda y que Belén tontease con mi Sergio, descarada y con el beneplácito de todos sus estirados amigos. Me dediqué a jalear a rumbosas parejas de bailarines y a tararear letras que no me sabía, con una media lengua que dejó bien claro el breve espacio de tiempo que me faltaba para derrumbarme.

Tres, dos, uno... arcadas.



No recuerdo cómo acabé en la cama. Sí que abrí un ojo y el techo giraba. Y que Sergio roncaba en la cama de al lado, más bonito que un san Luis. Dejé que mis pupilas se acostumbrasen a la penumbra y atisé por debajo de la colcha. Nadie se había molestado en desnudarme, me habían colado en el lecho con vaqueros y todo. La misma camiseta que olía intensamente a vino y mi vergüenza intacta.

—Sergio —susurré, esperando una respuesta, un gruñido, algo—. Sergioooo...

Silencio absoluto. De tumba total. Insistí sin cortarme un pelo; lo que es la borrachera.

—¡Sergiooo, Sergio! —aullé. Mi novio dio un brinco en la cama—. ¿Duermes? —pregunté con la voz más dulce que la miel. Me sentía juguetona. A ver quién me paraba.

—¡Ahora no, joder! —bramó él, volviéndose sobre el colchón. Yo me sentía juguetona.

—¿Hace mucho rato que hemos vuelto?

—El que llevas roncando como un hipopótamo.

—Oye, que yo no ronco. —Me dio la risa.

No pareció hacerle ni pizca de gracia.

—Vale, lo que tú digas. Anda, duérmete, que bastante lata has dado ya hoy.

—¿Y lo hemos pasado bien?

—Estupendamente. Sobre todo tú. Te has bebido hasta el agua de fregar, mona. El equivalente a tu peso en alcohol.

Me incorporé, retiré la colcha, saqué las piernas fuera de la cama y me concedí unos minutos con los pies apoyados en el suelo para que el mundo dejase de dar vueltas en plan molinillo. En cuanto supuse que no me caería de bruces, me desnudé y repté hasta la cama vecina. Sergio había cambiado de postura, otra vez me daba la espalda con generosidad.

—Cari... —insinué mimosa. No hubo respuesta—. Cari, no te amodores. Es temprano.

—¿Temprano? —aulló—. Por Dios, Sofía, ¡son las seis de la mañana!

—Dame un besito. —Tambaleándome y con mucho trabajo, conseguí localizar el borde de su cama. Retiré la punta del edredón, dispuesta a meterme dentro, pero Sergio lo recuperó de un tirón y volvió a taparse.

—Duérmeme otra vez. Con la moña que has pillado, te vendrá bien.

Imposible. De pronto yo estaba sorprendentemente despejada y con ganas de retozar. Insistí en la idea de tumbarme a su lado, pero mi chico no hizo el menor esfuerzo por dejarme sitio. Me subí encima. A horcajadas.

—¿Se puede saber qué haces? —me espetó, al tiempo que se revolvió igual que un tigre.

—Violetearte.

Yo parecía haberme dejado la dignidad en la caseta de la feria, porque lo único que me planteaba era vencer cuanto antes su reticencia, sin que el rechazo llegara a ofenderme.

—Estate quieta, no me apetece, estoy dormido.

Deslicé osada las manos por debajo del edredón. Se había puesto el pijama y jugueteé con la cinturilla elástica de su pantalón.

—Estás hablando; de dormido nada.

Mis dedos volaron de su cintura a su entrepierna. Y era verdad que no le apetecía. Aquello estaba más plano que la meseta castellana. No me di por vencida. Lo destapé, conmigo a caballito, introduje la mano derecha en su pantalón y agarré la flácida cosita con mucho empeño. Iba a erguirse como que yo me llamaba Sofía.

—¿Quieres hacer el favor de dejarlo? —refunfuñó. Pero más endeble, con menos furia.

Estos hombres y sus tendones de Aquiles...

Froté y froté, arriba y abajo, complacida al notar cómo «el pequeño» iba despertando de su extraño letargo y se hinchaba desde dentro. Pronto rebasó mi mano y el movimiento se hizo más largo y menos enérgico.

—Sigue, sigue —rogó Sergio en un cuchicheo.

Yo tenía otros planes. En cuanto su miembro alcanzó el tamaño «vámonos de fiesta», busqué la posición ideal y lo acerqué a mi húmeda vagina, dispuesta a disfrutar como una mona.

—Dame una chupadita —lo oí decir.

Me hice convenientemente la sorda. Para chupaditas estaba yo, con un calentón que ni los fuegos artificiales de Dubái.

—Chis... Estate quietecito, deja, que yo manejo.

Dejó de interrumpir. Me lo introduje de una estocada y me mecí adelante y atrás, buscando mi placer. Tan sólo el mío, aunque el suyo viniese de la mano sin poderlo remediar. Pero yo primero. Me lo debía. Por tantos desplantes y tan pocos mimos, por tanta atención y sonrisas a su superamiga la retaco, por mi infinita paciencia. Me merecía un orgasmo del tamaño del London Eye. Sergio cerró los ojos, jadeó con fuerza y volvió a abrirlos. Mi humedad era ya tanta que se derramaba sobre su vientre. Bajé las manos hasta su pecho y acaricié sus trabajados pectorales, atravesando el bosque de sedoso vello. Ya llevábamos casi dos años haciéndolo a pelo. Yo tomaba la píldora y mi chico se relajaba. La nuestra era una relación monógama y formal, sin terceros en discordia, sin atisbos de infidelidad. De repente, cuanto más cerca estaba de conseguirlo, él se volteó como un cromó, me empujó contra el colchón y se puso encima, sacudiéndose dentro y fuera como un poseso. Me cortó el ritmo y el punto.

—Espacio, tranquilo —me quejé mohína—; ¿no estabas durmiendo?

—La culpa la tienes tú, con estos caprichos a deshoras. Ya me has espabilado.

—Pues mira qué gracia...

Observé el techo. Mi novio jadeaba en un peligroso compás con su propio orgasmo y amenazaba con adelantárseme.

Lo que me apetecía, lo que de verdad habría querido, era darle una buena patada y echarlo de la cama después de correrme. Pero aún me faltaba este detalle y no pensaba interrumpir la sesión de sexo rápido. De modo que cerré los ojos, me concentré como pude para recuperar el estado de ánimo previo al revolcón, y en menos de dos minutos mis pezones parecieron guisantes congelados y mi clítoris se expandió como una esponja empapada. Unos satisfactorios calambres me recorrieron de pies a cabeza.

—¡Síiii! ¡Ohhh, síiii! —gemí, empujada por la fuerza de la explosión.

Sergio me tapó la boca con la mano, quiero suponer que no con intención de asfixiarme, y aceleró hasta vaciarse en mi interior con un murmullo raro, como de abejorro.

—Hum... qué bueno —jadeó.

Todavía temblando, me libré de su mordaza.

—¿Lo ves? Y no querías.

—Venga —me palmeó el culo—, a tu cama.

—¿Ya? ¿Tan pronto? ¿Ni un cariñito, ni unos besitos, ni un «por ahí te pudras»?

—Es muy tarde y mañana hay que madrugar. —Sonaba condescendiente, me irritó. Qué poco había durado el placer postcoito, mecachis en la mar.

—No sé por qué ese sufrimiento. —Lo admito, odio madrugar—. Se supone que estamos de vacaciones, escapada romántica y todo eso.

—En casa ajena —me recordó. Logró que sonara como un reproche.

—Podríamos habernos alojado en un hotel. Venirnos a casa de unos desconocidos y tener que cumplir horarios no me resulta nada cómodo, en serio.

—Era por quedarnos con Belén.

Ah, claro, Belén, siempre Belén. Belén mañana, tarde, noche y madrugada. Me cago en Belén con todos sus pastores.

—Menudo rollo, tener que verles el careto en el desayuno. —Ahogué un bostezo.

Sergio volvió a empujarme fuera de la cama. Se fue trotando al cuarto de baño sin responderme.

Caí de bruces contra mi almohada. Para cuando regresó, limpito de sus bajos, yo ya soñaba con los angelitos y con un mundo mejor.

El día siguiente no fue para celebrar. Más de lo mismo. Eso sí, los amigos de Belén ya eran un poco más amigos nuestros y se decidieron a abordarme con preguntas que no me apetecía un pijo responder, y con una charla que me resistía a alimentar. Ahora, de pronto, todo eran sonrisas, piropos y amabilidad. Supongo que o les había hecho gracia la Sofía tajada de la noche anterior, o les daba pena el poquísimo caso que me hacía mi acompañante oficial. En cualquier caso, ese corto domingo que se redujo a un *brunch* (mezcla de desayuno y almuerzo) tardío pero abundante, hizo realidad el dicho: «El matrimonio es la vía más corta y segura para que una mujer pierda el interés de muchos hombres, para acaparar el desinterés de uno solo».

Sergio y yo aún no estábamos casados. Me lo había pedido y yo le había dado calabazas. Vale, no del todo. Ésa fue su interpretación, yo sólo le rogué que esperásemos. Tenía el doctorado a medio terminar y ninguna prisa. Él iba de escritor por la vida, con una única novela larga publicada y más proyectos y sueños que realidades. Decididamente, aquellas bullas no tenían sentido. Además, llevaba puesto su anillo, no sé de qué se quejaba.

El caso es que, a partir de ese momento, mi novio había mutado a ermitaño áspero y poco hablador, había perdido la chispa que tanto me atraía y me miraba atravesado. Como si me odiase. Puede sonar exagerado, pero era justo lo que me transmitían algunas de sus coces verbales y su indiferencia. Rencor y odio a partes iguales. Y mi amor se iba enfriando, enfriando...

Vuelvo a la realidad por culpa de las voces de Belén asesinando una balada de Sergio Dalma. No es que yo esté resentida, es que canto bastante mejor, aunque ella tenga la fortuna de no incomodar a mi novio, que va al volante. De hecho, lo encuentro de lo más entregado a su cháchara imparable. No le responde, eso es cierto, pero la atiende y menea la cabeza en señal de asentimiento y devoción. Algo que no hace conmigo desde hace semanas.

Me desentiendo de todo. Me tumbo a lo largo del asiento con las piernas replegadas, después de quitarme los zapatos para que a Sergio no le dé un pumba por si mancho la tapicería. El brazo regordete de Belén se agita en horizontal cada vez que lo mueve y su nariz aguileña me saluda en ángulo. Salta sin tomar aire de una historia a otra y Sergio no parece abrumado. ¿En serio está tan fascinado mi novio con esta chica? ¿O es su modo de decirme «cualquiera me vale, cualquiera es mejor que tú»?



El lunes a mediodía almuerzo con mis dos mejores amigas, Ximena y Paloma. La primera trabaja en la Málaga Film Office y se pasa la vida departiendo con productores, directores creativos y jefes de fotografía. Su mundo es apasionante, por más que ella se empeñe en jurar que se reduce a pura burocracia y papeleo. Tramitará los expedientes de los permisos para rodajes en la ciudad, no te digo que no, pero también la invitan a un porrón de cócteles y eventos varios, donde se codea con lo mejor de la cinematografía mundial, y tiene un libro de autógrafos que pone a Paloma verde de envidia.

Paloma. ¿Cómo describirla sin que penséis que «visto así, para qué la tienes como amiga»?

Entiendo que la gente viene con su parte buena y su parte mala, que cuando te haces amiga de alguien debes aceptar el pack completo. Paloma tiene sus cosas, pero es muy buena niña. La han malcriado de pequeña, qué se le va a hacer, de eso no tiene ella la culpa. Es muy pija, muy repipi cuando quiere y viste como mi madre. Se pintaba las uñas de los pies de rojo bermellón cuando sólo teníamos catorce años y ya se hacía la pedicura.

Fuimos compañeras de clase, aunque no demasiado íntimas. Supongo que mi único atractivo para ella por aquella época residía en que sacaba buenas notas y que mi estilo de vida, desenfadado y moderno, no casaba con los rígidos cánones de su familia. Pero mira lo que son las cosas, tras perder el contacto en nuestros años universitarios, me la encontré ennoviada con Borja, el íntimo compañero de facultad de Sergio, y empezamos a salir los cuatro.

Cuando llego a la cafetería de Los baños del Carmen, Ximena ya aguarda fumando un pitillo en la terraza, con el sol primaveral de Málaga estampado en la cara. Me oye llegar y se da la vuelta radiante. Lleva unos pantalones capri negros, un blusón estampado en blanco y negro y unos preciosos zapatos de charol.

—¡Hola, cielo! ¡Qué guapa vienes!

—¿No habías dejado el tabaco? —Arrugo la nariz inmediatamente después de besarla.

—Bah, si me aburro, pienso. Y si pienso, fumo. Ya sabes, para controlar los nervios y viceversa.

Mantiene una absurda relación de tira y afloja con un compañero de trabajo medio gay, que le está fundiendo los plomos. Ximena es fantástica y ese chico, un caso perdido. Como cuando se acuestan lo pasan fetén, ella está convencida de que acabará atrayéndolo al lado oscuro, salvo que hay fines de semana en los que no quedan y él liga con un francés como un armario empotrado y encima se lo cuenta. En esos momentos, mi amiga se desmorona.

Vamos juntas a sentarnos. Ximena aplasta la colilla en el cenicero y me mira con admiración y afecto.

—En serio que te veo monísima; ¿te has hecho algo, bellaca?

—Emborracharme hasta vomitar, bailar un poco, flirtear con una panda de sevillanos calentorros... Seguramente será eso, que dicen que engrandece el ego.

Ximena arquea una ceja.

—Pensé que ibas con Sergio.

—E iba. Pero Sergio estuvo más pendiente de su requeteamiga que de mí. Yo me quedé con todos los demás, que no permitieron que olvidara lo ideal que soy. —Me meto los dedos hasta la garganta y simulo una arcada.

—Hija, qué quieres que te diga. Mira que la conozco poco, pero tengo a la Belén en cuestión atravesadita.

—Es maja —asumo resignada—. Y está ayudando muchísimo a Sergio.

Adivino que Ximena piensa responder con un impropio, pero se corta porque Paloma aparece balanceándose sobre unos tacones de Loewe a juego con su bolso. Falda midi fruncida y blusita de cuello Peter Pan. Dan ganas de regalarle una camelia y un collar de perlas.

—Disculpadme, vengo de la peluquería y se me ha hecho un poco tarde. —Nos besa un poco al aire y se sienta, envuelta en una nube de delicado perfume—. Parece mentira, cuanto más les pides que corran, más torpes se vuelven.

—Ya conoces el dicho —arguye Ximena, haciéndole una seña al camarero—: «Visteme despacio que tengo prisa». De todos modos, ¿no fuiste a la peluquería ayer?

—Anteayer. Pero hago Pilates a diario, sudo y el peinado se estropea —se defiende Paloma con ardor.

Ximena contiene la risa.

—Ah, ya lo entiendo. ¿Ensalada César para todas? ¿Agua con gas y unas aceitunas?

Asentimos. Qué predecibles somos. Paloma me da una palmadita doble en la rodilla que le pilla más cerca.

—Bueno, ¿qué tal tu periplo por la divina feria sevillana?

—No ha estado mal como experiencia —comento con desgana—, pero las cosas con Sergio siguen fatal.

—Anda ya.

—Palabrita. Sabéis que lleva ausente unos meses, ausente y despedido...

—Desde que lo mandaste al carajo, a pesar de que se arrodilló y te juró amor eterno. No te extrañe —me interrumpe Paloma muy ofendida.

Parece que la proposición de matrimonio que yo osé despreciar fuera suya.

—Oye, sabes muy bien que eso no fue lo que pasó.

—Sofía le pidió que le dejara terminar el puñetero doctorado para poder labrarse un futuro juntos —interviene Ximena, defensora mayor del reino—. No es pedirle la luna; al fin y al cabo, él carece de ingresos, alguien tendrá que llevar el jornal a casa.

—Sergio es un artista —recalca mi amiga arrebatada.

Ximena la observa con interés.

—Hija de mi vida, si no fuera porque te conozco y me consta lo colada que estás por tu novio, empezaría a sospechar de tus sentimientos por el suyo.

—Tiene razón, es un artista —convengo yo, divertida por sus piques.

—Bueno... —Ximena chasquea la lengua—, artista, artista, lo que se dice artista...

—Tiene una novela larga publicada —le recuerdo—. Y en una muy buena editorial, además.

—Sólo una —repite Ximena descreída—. Sin críticas ni reseñas. Ni buenas ni malas. ¿Para cuándo la segunda?

El camarero y su bandeja la salvan del aluvión de protestas que pensaba dedicarle Paloma. Hubo un tiempo en que yo pensaba como ella, veía en Sergio al escritor bohemio y pasado de moda, confiaba en que triunfaría a lo grande en lo suyo. Pero a estas alturas ya se me ha caído la venda de los ojos, más por su actitud cerrada y obtusa que por su verdadero talento. No acepta otra salida para sus manuscritos que la

editorial que lo publicó (y que no está, para nada, interesada en repetir), o de ahí hacia arriba. Nada de bajar un peldaño, ni aceptar ofertas menores. A mantenerse en sus trece lo ayuda el incansable mantra de su agente literario, un escritor frustrado con dudosas relaciones en la industria literaria, al que le importa poco que Sergio se consuma de ansiedad esperando, con tal de llevarse un mordisco mayor, una comisión más jugosa.

—Bueno, dejemos las novelas del ausente —retoma Ximena, estirando su servilleta y colocándosela en el regazo—. ¿Te trata mal?

Paloma está a punto de aullar como un lobo.

—¿Cómo va a tratarla mal? ¿Qué pretendes insinuar con eso? Sergio adora a Sofía, haría cualquier cosa por ella...

Ximena la ignora con mucha clase y un floreo de pestañas.

—¿Puedes dejar que responda la interesada? Graaacias.

—La verdad —me aturrullo sólo arrancar, no sé qué palabras escoger para contar esto—, me estoy cansando de ser invisible. Lo de este fin de semana ha sido humillante. Belén lo acapara a todas horas y yo... simplemente no estoy.

—Deberías quitártela de encima —opina Paloma sorprendiéndonos, con una aceituna entre los dedos.

¿De verdad ha dicho eso?

—Sí, no me miréis raro, esa fulana quiere levantarte el novio. Lo que yo te diga.

Un involuntario escalofrío me recorre la espalda. Mi amiga la pija ha dicho «fulana».

—¿Te ha comentado algo Borja? Quizá Sergio le haya dicho...

—No me lo ha dicho Borja, te lo digo yo. Sergio sólo cuenta lo que ya sabemos, que el padre de Belén tiene buenos contactos editoriales y que hace lo posible por ayudarlo.

—Lo que no sabemos es a qué velocidad, vistos los resultados —ironiza Ximena.

—Es una amistad que sin duda le interesa, pero me huelo que ella quiere más.

—Es más fea que Picio —opina abrupta Ximena.

La reprendo con la mirada.

—No seas superficial, nena. Para enamorar a un tío, el físico a veces no basta.

—Especialmente si es un alma sensible como Sergio —argumenta Paloma con aire soñador—, ese tipo de hombres se fijan en otras cosas.

—¿Qué tiene Belén Recio que Sofía no tenga? Por el amor de Dios, no me jodas. Es una mosquita muerta, fea como un orco de las cavernas.

Sí, eso mismo me pregunto yo. ¿Qué puede atraerle tanto a Sergio de su compañía? No me queje, Belén me considera su aliada, se porta bien conmigo; de hecho me sacó a rastras de los servicios de la caseta, donde me había dedicado a regar el suelo con todo el vino ingerido. Y no noto que mire a Sergio con especial devoción, más bien es al contrario.

—Sergio es ambicioso —me oigo decir. La encendida cháchara entre mis amigas se corta de cuajo—. Mantiene la amistad con Belén por puro interés.

—Espero que sea cierto —rezonga Ximena, poco convencida.

—Lo cual no explica la indiferencia que siente por mí —prosigue—. Que me rechace en la cama. Me exhibo en ropa interior de encaje delante de sus narices y no se le escapa ni una miradita de reojo.

—Eso ya es grave.

—A veces son malas rachas —aventura Paloma con un suspiro—, el estrés... Pero él te quiere, estoy segura de que te quiere —remarca, sin perder el aire fantasioso.

Pobrecilla, aún cree en los príncipes azules y, lo que es peor, en Sergio.

Yo no estoy tan segura de creer en él. Bufo, rebufo, resoplo tres veces.

—¿Le has preguntado qué coño le pasa? —sugiere Ximena con su acostumbrada delicadeza.

—Mil y una veces. Y la respuesta siempre es la misma.

—Nada —se adelanta ella—. Como si lo viera.

—Estoy cansada de tirar del carro, cansada de ser el motor de esta relación —digo, notando cómo la congoja se almacena en mi pecho y forma un nudo—. Harta de que entre él, Belén y el juegucito que se traen entre manos se hayan cargado mi alegría, mi positivismo y mi manera rosa de ver la vida. Ahora todo es gris... perla.

Se me empañan los ojos y retiro el plato de ensalada, incapaz de seguir tragando. Ximena me coge una mano, consternada, y Paloma me agarra la otra.

—¿Cuántos meses llevas callándotelo?

—Desde su declaración fallida —gimo—, entre idas y venidas y con algún día feliz... casi seis.

—La madre que lo parió, qué resentido —farfulla Ximena.

Paloma no tiene valor para llevarle la contraria.

—El problema es que empiezo a perder la ilusión —admito con un sollozo contenido.

Paloma se lleva las manos a la cabeza, horrorizada.

—Pero ¿qué dices?

—Que tengo un jodido mecanismo de defensa que me enfría en cuanto las relaciones dejan de ser positivas. Que no tengo alma de masoquista, vaya, que empiezo a odiarlo.

—Y deberías agradecersele a la madre naturaleza o a quien demonios te lo haya regalado —me consuela Ximena, cazando al vuelo una lágrima que corre por mi mejilla.

—Hacéis una pareja tan bonita... —es la melodramática aportación de Paloma—. Los dos tan guapos...

—A lo mejor es Belén y no yo la media naranja de Sergio, y llevamos tres años engañándonos como chinos —digo rindiéndome. Y pido un té bien cargado.

—No digas eso, cielo.

—Ni siquiera vivimos juntos —parloteo al viento.

—Eso es porque a Sergio le va el rollo tradicional y prefiere esperar a que estéis casados...

Esa estupidez, lo único que consigue es que me remueva en mi silla y me cabree una *jartá*.

—Follamos, perdón, follábamos como leones; ¿vas a decirme que no acepta compartir piso conmigo por respeto? —Sueno tan sarcástico que hasta yo me asusto.

—No, pero... —balbucea Paloma, momentáneamente perdida.

—Dejaos de idioteces, ni Belén ni Belón. Lo que a Sergio le pasa es que le puede el orgullo —resume Ximena rotunda—. Que no soporta mudarse a tu casa, no tener la suya propia, vivir de prestado a sus treinta años en casa de sus padres, y todo porque no le sale del rabo buscarse un trabajo decente. Mírate tú.

Me miro. Vaqueros pitillos, zapatos de salón gris con puntera plateada, jersey gris con cuello de pico y cazadora deportiva amarillo mostaza. ¿Qué más?

—Acabando el doctorado y dando clases de aeróbic para sacarte unas perras con las que pagar tu independencia. Cosa que a él ni se le pasa por la tela del juicio.

—En eso quizá tengas razón —acepta tímida nuestra Paloma.

Ximena arquea las cejas en un probable «lo que yo te diga, maja».

—En fin, la cuestión es: ¿qué piensas hacer?

La pregunta de Ximena me pilla desprevenida. Alzo mis ojos llorosos y no sé qué responder. El camarero viene de camino con mi té doble y arruga el morro al ver las ensaladas casi intactas.

—¿Las retiro? —nos pregunta bastante ofendido—. ¿Ha habido algún problema?

—Ninguno, están buenísimas, como siempre —digo apresurándome a tranquilizarlo.

—Seguir aguantando su humor de perros; ¿acierto? —me asalta de nuevo Ximena, retomando la pregunta anterior.

Me da corte responder teniendo delante al camarero, aunque a ella le viene de perillas.

—En lugar de estas César va a traernos tres gin-tonics bien regaditos, que necesitamos reponernos de un susto. ¡Hale! ¡Marchando!